

TRIBUNA ABIERTA

«No, sí, si yo te creo...»



POR ANTONIO NARBONA

¿Por qué para hacernos ver cuán equivocados estamos, el interlocutor, en lugar de decir, sin rodeos, que no opina lo mismo — más bien [todo] lo contrario— se vale de tal ‘preámbulo’?

ME acaba de llegar un libro titulado ‘Semántica de creo’. Sí, sobre el empleo que de esa forma del verbo *creer* —que la autora, M^a A. Soler Bonafont, califica de *doxástica* (no la busquen en el Diccionario) y define como ‘relacionada con creencias individuales’, lo que no aclara mucho— se hace en la conversación coloquial y en el debate parlamentario. No *creo* (ya ven lo pronto que recorro a ella) que otros se animen y se sucedan las monografías acerca de *jeso es lo que tú te crees!* o *¡qué se habrán creído!* Aunque quién sabe. De todos modos, antes que de la lectura de sus ¡350 páginas! influya en mis ‘creencias’, comparto con los lectores estas reflexiones.

Cada vez que alguien replica con *creo*, precedido de un *no*, de un *sí* o de ambos (*no, sí*), más un *si* (átono) ‘condicional’, nos ponemos en guardia. Tras una (breve) pausa —trampolín para tomar impulso—, vendrá ese *pero* que va a destruir o rebajar el *crédito* que parecía concedernos: *no, sí, si yo te creo, pero lo que (yo) digo es que...* ¿Por qué para hacernos ver cuán equivocados estamos, el interlocutor, en lugar de decir, sin rodeos, que no opina lo mismo — más bien [todo] lo contrario— se vale de tal ‘preámbulo’?

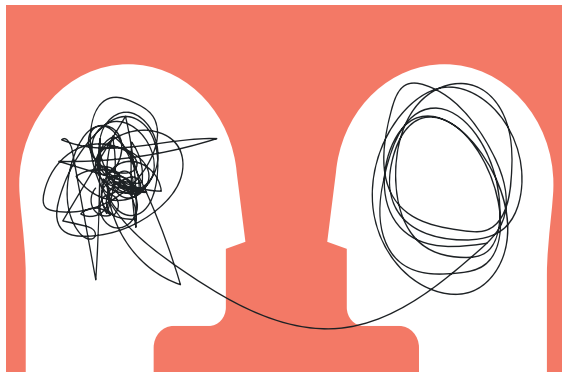
Decía Horacio que el único «árbitro, juez y dueño en cuestiones del lenguaje» es el *uso*. Le faltó añadir que precisamente por eso, y por no haber *un* uso único, no cesa de variar. No se trata de que las expresiones se *desgasten*, como las suelas de los zapatos. Eso no ocurre ni con *haber*, que dejó de emplearse para la ‘posesión’ (no en francés, *avoir*, ni en italiano, *avere*), y se ha limitado a servir de auxiliar (*han comido*) o como impersonal (*no hay pan*). No basta, pues, con comprobar la ‘erosión’ semántica sufrida por *creer*, desde el originario ‘dar por cierto algo no comprobado ni demostrable’, hasta el mero juicio conjetural, no objetivamente fundado (al parecer, el subjetivismo en los discursos de los representantes políticos es superior al de la conversación coloquial). Está claro que *creer* se ha ido dissociando de la *fe* (hasta el Papa Francisco ha *confesado* haber tenido a lo largo de su vida no pocas crisis), que —como la *esperanza* y la *caridad*— para la religión católica es virtud teologal, es decir, tiene que ver sólo con Dios. Del verbo *abusan* por igual *creyentes*, *no creyentes* e (*in*)*crédulos*, y a todos cuesta ‘Dios y ayuda’ ganar *credibilidad* y lograr la *confianza* y *fidelidad* de los demás.

Vuelvo a la pregunta. Miles de páginas escriben los lingüistas de hoy sobre *atenuación* y *cor-*

tesía. Aunque hoy ya no se estudie *urbanidad* en la escuela, nos pasamos la vida intentando que el receptor no se sienta ‘atropellado’, no tanto por generosidad como por egoísmo, pues estamos seguros de obtener más con muy poco. Y si no ¿por qué el mendigo pide *una limosnita*, por el amor de Dios y todos recurrimos al ‘potencial’ para decir *me gustaría que me dijeras si estás a gusto conmigo*? Si la familiaridad no es total la, un «¿podrías [por favor] estar aquí no mucho después de las tres?» será más efectivo que el brusco «te quiero aquí antes de las tres». Cualquier conversación (hasta cuando se habla del ‘tiempo’ para ‘matarlo’), puede terminar en una contienda en que cada uno quiere atraer a su terreno al otro. Nadie da por perdida de antemano la batalla en que buscamos mover el ánimo del receptor a nuestro favor, ‘ganárnoslo’.

Todo eso hacemos cuando damos la razón (*te creo*) a alguien, para quitársela.

El lenguaje es arma eficaz (poco coste y no pequeños beneficios) para *a-poder-arse* de la voluntad ajena (con tres o cuatro palabras machaconamente empleadas se ha podido alcanzar la Presidencia de los Estados Unidos), *em-poder-ar* (en una acepción prestada) a un sector de la sociedad (intentar acabar con el binarismo genérico por medio de la acuñación de *todes les niñes* o la



ABC

‘sustitución’ de *patria* por *matria*), arrastrar a alguien al restaurante preferido o a la película que nos gusta, etc.

En los usos idiomáticos aflora lo mejor y lo peor del hombre. Elevan el pensamiento filosófico y la literatura a lo sublime, y contribuyen a desencadenar guerras en que millones de jóvenes pierden la vida. La llave para erradicar lo segundo y ampliar lo primero hasta el infinito se encuentra en la enseñanza. Ninguna ‘política educativa’ es posible si no se privilegia la instrucción lingüística. Cualquier quiebra o freno del progreso de la competencia lingüística y comunicativa supone el retroceso de los individuos y de las sociedades, y de ello acaban aprovechándose los que sí cuentan con resortes —no sólo lingüísticos— de control e imposición.

Múltiples ‘disneylandias’ pretenden hoy vender ‘felicidad’ al margen de la facultad específicamente humana que permite comprender y hasta crear la realidad. No es que lo *crea*, es así.

ANTONIO NARBONA ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

